

Aviso de derrumbe

Especulación

Thomas Wolfe
Traducción de J. Sebastián Cárdenas
Periférica. Cáceres, 2013
91 páginas. 14,50 euros

Por Alberto Manguel

NARRATIVA. LOS ESCRITORES DE la generación de Hemingway y Fitzgerald establecieron una relación de mutua dependencia con su tierra natal. La nación americana de la primera mitad del siglo XX fue su inmensa e imprescindible fuente de inspiración; simultáneamente, la literatura surgida de esa vivencia íntima dio a Estados Unidos una identidad universalmente reconocible. Thomas Wolfe, hoy leído a la sombra de sus colegas más populares, entendió esa relación mejor que nadie. "Estoy convencido de que toda obra sería debe ser fundamentalmente autobiográfica, y que un individuo debe usar el material y la experiencia de su propia vida si ha de crear algo que tenga auténtico valor", escribió en uno de sus ensayos. Y en una carta a su agente literario concluyó: "Esto es lo que estoy haciendo ahora: transformando mi material en hechos imaginativos y poéticos —en la verdad de la ficción— porque me parece que esta es mi verdadera tarea".

La obra de Wolfe —*El ángel que nos mira, Del tiempo y el río, No puedes*

leerse ahora como novelas o cuentos independientes, sin referencia al argumento general. Este es el caso de *Especulación*, publicada originalmente en 1938, el año de la muerte de Wolfe, y cuya versión primera constituye el capítulo siete del mismo nombre ('Boom Town') de la novela *No puedes volver a casa*, de 1934.

Como todos los escritos de Wolfe, *Especulación* trata de la imposibilidad de rescatar el pasado o, en otras palabras, de impedir las transformaciones que impondrá el futuro. El protagonista, John, profesor en una ciudad universitaria americana, regresa a su pueblo natal para ver a su familia. Su madre, su hermano, le hablan con entusiasmo de los cambios que han ocurrido: el pueblo se ha modernizado, nuevas industrias y nuevos edificios anuncian (así lo dicen los especuladores) una época mejor en la que el pueblo dejará atrás su humilde pasado y se convertirá en una importante metrópolis comercial. Pero John pronto siente que las cosas no son tan prometedoras como aparecen.

Wolfe entendió que la tarea del escritor es no resignarse al olvido y, a medida que los años, la indiferencia de los ciudadanos, la codicia generalizada van haciendo que se pierda o destruya la antigua belleza del mundo, la literatura debe tratar de recrear aquella belleza para las generaciones futuras. En

esta novela, admirablemente traducida por Juan Sebastián Cárdenas, Wolfe retrata la especulación inmobiliaria que arrasa con lo viejo para construir una mercancía nueva, sin preocuparse de cómo esos cambios afectan al mundo material y espiritual. Recordando un antiguo y aristocrático hotel que se alzaba antaño sobre una verde colina del pueblo, John comprende que algo esencial ha sido perdido para siempre. "Ahora ya no existía nada de esto: un ejército de hombres y de palas había avanzado sobre la gran colina verde para convertirla en un feo montículo de barro, un barro pavimentado con el desolado horror del duro hormigón blanco: habían construido tiendas y talleres y edificios de oficinas y aparcamientos, todo nuevo, impecable". Más adelante, John concluye: "Pero ¿qué había cambiado en el mundo? Bajo sus pies, la tierra permanecía quieta y eterna como siempre".

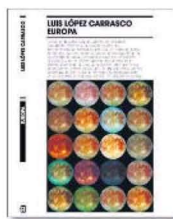
¿Por qué leer a Wolfe hoy? Sería fácil juzgarlo un obstinado nostálgico, opuesto a los cambios que trae consigo esa inevitabilidad que llamamos progreso. Pero un tal juicio es fatalmente superficial. Wolfe no se opone al curso natural del tiempo, que sería tarea estéril por excelencia. Se opone, sí, a la destrucción desmedida, a la rapiña, al desarrollo industrial que no tiene cuenta el costo humano y ecológico. En esta época de catástrofes económicas que llevan a la devastación de la naturaleza para permitir explotaciones industriales nefastas y a la pérdida de propiedades privadas para pagar la deuda de instituciones financieras fraudulentas, el breve texto de Wolfe puede ser leído como una lúcida advertencia o profecía. ●



Wolfe retrata la destrucción del paisaje americano. Foto: Getty Images

volviera a casa— surge de ese impulso transformativo. Su juventud en Asheville, en Carolina del Norte, las figuras del padre picapedrero y la madre puritana, los años de su aprendizaje de escritor, alimentaron la geografía y los personajes de sus vastas novelas, transformados en historias de tono mítico y vertidos en decenas de miles de páginas. Es fama que los escritos de Wolfe, tal como los conocemos hoy, son el resultado del trabajo selectivo de sus editores, principalmente Maxwell Perkins y Edward Answell, quienes recibieron las verborricas producciones de Wolfe y las podaron con una implacable conciencia de cirujanos. El resultado fue asombroso: en su breve carrera (Wolfe no alcanzó a cumplir 40 años) publicó unas pocas novelas que bastaron para que William Faulkner, entre otros, llamara a Wolfe el mejor escritor de su generación.

Como era de esperar, en la poda editorial se perdieron ciertamente páginas notables; otras que sobrevivieron a los recortes, hábilmente zurdidas e integradas a la gran marea narrativa, pueden



Europa

Luis López Carrasco
Gollarín. Murcia, 2014
148 páginas. 12 euros

NARRATIVA. EN SU CRÍTICA A *El eclipse*, publicada en junio de 1962 en Film Ideal, José Luis Guerner tuvo la intuición de proponer a Michelangelo Antonioni como cineasta de ciencia ficción: "En las películas de Antonioni se hallan tanto esta reflexión moral acerca de las nuevas estructuras sociales ya cercanas y su repercusión en el ser humano como este miedo inconsciente a un porvenir misterioso del que solo se intuyen oscuras amenazas". La capacidad, en suma, de ver el futuro derrumbándose sobre el presente, en feliz expresión de Rodrigo Fresán a propósito de J. G. Ballard. Probablemente, el crítico Jaime Pena no pensaba exactamente en todo esto cuando mencionaba a Michelangelo Antonioni entre las influencias de *El futuro*, primer largometraje en solitario del miembro del colectivo Los Hijos Luis López Carrasco.

La publicación de *Europa*, su debut literario, a pocas semanas del estreno de *El futuro* permite completar un retrato del autor, acreditándole, en efecto, como voz visionaria en el sentido que Guerner atribuía al cineasta italiano: alguien tan capaz de detectar en el pasado las raíces de un presente distópico como de dibujar un futuro estremecedor a partir de las dislocaciones, a veces casi imperceptibles, de nuestra cotidianidad.

Europa reúne siete relatos enmarcados de manera explícita en el género de la ciencia ficción que, en ocasiones, recurren a temas e imágenes propios de su imaginaria más espectacular —universos virtuales, astronautas al límite de la supervivencia, el hallazgo de vida extraterrestre, ingenios para viajar en el tiempo— con la meta de hablar de zonas de ambigüedad, atrofias afectivas y estados de devastación anímica que al lector no le costará conjugar en presente.

Algunos de sus hallazgos —la eterna caída de un astronauta en el vacío absoluto, los recuerdos familiares proyectados sobre el fuselaje de aviones en tránsito— dejan claro que aquello que más le interesa a López Carrasco del género es precisamente su potencial poético y su capacidad para acelerar conceptualmente las lógicas perversas y subterráneas del presente.

Uno de los relatos, 'Todos los finales posibles', forma una curiosa pareja de baile con *El futuro*: en él, dos físicos de partículas —uno de ellos español— se plantean viajar en el tiempo mientras avanza el Apocalipsis. El español propone desplazarse a esa efervescencia efímera de los comienzos de la democracia, que "se mistificó, se conjuró y eliminó en un periodo muy corto". Tan corto, quizá, como la fiesta atrapada en las imágenes de *El futuro*, cuyo ruido de fondo conecta la primera victoria electoral del PSOE con el derrumbe moral de la última victoria del PP. La labor literaria de López Carrasco no solo brilla en el elegante manejo de ideas agresivas, sino también en la precisión estilística de una escritura completamente libre de grasa, con la que logra efectuar auténticos equilibrios, moviéndose en el denso laberinto de irrealidades de un relato como 'Empezar de nuevo, como humanos'. La pieza que abre el conjunto y da título al libro —donde un padre contemporáneo los sueños de su hijo como perturbadora ficción audiovisual— es una miniatura maestra. **Jordi Costa**

Iris

Edmundo Paz Soldán
Alfaguara. Madrid, 2014
376 páginas. 18,50 euros (electrónico: 9,99)

NARRATIVA. DE EDMUNDO PAZ SOLDÁN (Cochabamba, Bolivia, 1967), los lectores españoles pudieron leer varias novelas entre las que yo destacaría tres, *Palacio Quemado* (2007), *Los vivos y los muertos* (2009) y *Norte* (2011). Cada una de esas novelas apelaba a registros narrativos muy distintos y las tres daban cuenta de realidades sociales que todos más de las veces hemos visto reflejadas en la prensa: las interioridades morales de una sede de Gobierno, la violencia en una comunidad cerrada de jóvenes y el látigo de las fronteras cayendo sobre las espaldas de los emigrantes. Todas estas realidades, las trata el escritor boliviano con la escritura y las estrategias narrativas exactas. Ahora bien, ninguna de estas muy logradas obras hacía pensar que Paz Soldán experimentara (nunca mejor dicho) un cambio de género tan drástico como el que se encontrará el lector en *Iris*.

Estoy hablando de una obra de ficción, así que en principio Paz Soldán es dueño de decidir el derrotero formal que quiera para su nueva novela. Pero no deja de ser un riesgo adentrarse en un terreno tan formalizado como es el de la ciencia ficción. Y debo decir que el autor de *Norte* no defraudó nuestras expectativas. *Iris* es un auténtico *tour de force*. Veamos algunos datos argumentales. Tenemos en *Iris* un paisaje del futuro. Una región colonizada llamada Iris, y un terri-



torio colonizador cuyo mando se encuentra asentado en un lugar llamado Perímetro. Varios personajes representan a una fuerza y a otra. Ambas luchan hasta la muerte, aunque solo una de las dos acomete una violencia específicamente exterminadora ante el afán de independencia de Iris.

Leída (y disfrutada) la novela de Paz Soldán, al crítico solo le queda también asumir algunos riesgos, como lo son entre referencias literarias. Me inclino por la influencia de William Gibson, el célebre autor de *Neuromante*, la novela que inventa la corriente de la ciencia ficción conocida como *cyberpunk*. Las realidades virtuales, la convivencia entre hombres de carne y hueso con seres artificiales. Los personajes de *Iris* se mueven por su realidad como si lo hicieran ante unos espejos deformantes. Espejos que nos reflejan tal como somos ahora mismo y como lo seríamos si ya estuviéramos instalados en el futuro que nos propone la novela. La novela de Paz Soldán, en contra de lo que pudiera parecer, no apela a ninguna fantasía, su fundamento está en nuestro presente. No se escapan las resonancias del Joseph Conrad de *El corazón de las tinieblas* ni el George Wells de *La isla del doctor Moreau*. Pero me gustaría destacar la capacidad de inventar con lógica deslumbrante de su autor. Recuérdese esa bala que sale de una pistola disparada en Marte, en un cuento de Isaac Asimov; la bala que tiene que respetar en su itinerario la falta de gravedad en el planeta rojo. Así también *Iris* tiene su lógica. Sobre todo en la escritura, mejor dicho, en la invención de su escritura. Una invención llena de ironía, un sentido del humor que a veces me recuerda Vonnegut, y un gran sentido de la pena, pero también de esperanza en el ser humano. **J. Ernesto Ayala-Dip**